

son los marrulleros e hipócritas cargados de diabluras y buenas palabras; son los holgazanes, los embusteros, los trotacalles que miran humildemente al suelo en presencia del dómine. Hijos del autoritarismo, del método gubernamental, son los tunantes de buena presencia, los ladrones hábiles, los que se escurren entre las mallas de la ley o se amparan de la ley; los bribones cargados con todas las culpas, que saben muy bien aparecer honrados; los vagos, los embaucadores, los enredapleitos, que hacen de la vida social un laberinto sin salida para el pobre mortal que osa ser sencillo, bueno y honesto. El encanallamiento de nuestros días no es sino el fruto último de esta plaga que se llama gubernamentalismo.

Sostener que sin esta dirección de unos cuantos iríamos al desorden, al desbarajuste, es desconocer que vivimos en el torbellino de todas las pasiones desatadas, de todas las ruindades triunfantes, de todos los vilipendios

bochornosos que hacen a veces dudar de la superioridad de lo que llamamos animal racional.

Contra esa dirección progresa el individuo y progresa la colectividad; contra esa dirección el espíritu público orienta las ideas y los sentimientos, lucha y persevera la personalidad, constantemente desconocida y pisoteada. No es, no, de esa minoría desatentada de la que procede el bien, la paz, la solidaridad humanas. Estos sentimientos e ideas surgen de la razón individual, se extienden a la razón común, al cabo constituyen el espíritu general de los pueblos que empujan el presente hacia el abismo y van en pos del porvenir.

¡Dejad que esta hermosa coacción por una vida nueva llegue hasta los linderos del ideal! ¡Dejad que destruya todas las perversiones actuales! ¡Dejad que aniquile los últimos restos de la barbarie en que vivimos!

RICARDO MELLA

## Universidad Nacional<sup>1</sup>

San José, enero 11 de 1913.

Señor Director de *El Noticiero*.

Estimado señor:

Leo en su interesante edición de esta fecha un copioso artículo acerca de «Progresos de Costa Rica», y, si usted me lo permite, haré alguna observación a uno de los puntos tratados, prescindiendo de los demás por ser extraños a mis aficiones y escasos conocimientos prácticos.

No se entienda, por eso, que aspire yo a teorizar en cosas de enseñanza, —puesto que a ellas he de referirme, — sino que me atuve, al decir «conoci-

mientos prácticos», a la expresión común del pensamiento en este su país que, con todas sus pretensiones prácticas, me parece más teorizante que práctico de verdad.

Dice el leído artículo «que existe la tendencia a restringir el exceso de hombres consagrados a las profesiones liberales». Pero nada más práctico en una democracia que las llamadas «profesiones liberales»; fuera de que, hoy por hoy, toda profesión y todo oficio de hombre libre, son, naturalmente, oficios y profesiones liberales.

Pero — con prescindencia de este punto, que para mí no admite discusión — copio de su interesante artículo: «Respondiendo a tales orientaciones (antiliberales de profesión) se suprimió, hace años, la Universidad del Estado». Y vea usted, señor de mi respeto, tal «supresión» resulta poco práctica en un país libre.

<sup>1</sup> Recordamos estos trozos de una serie de artículos recientemente publicados en *El Noticiero* y firmados por un «Universitario de paso», venerable maestro español — no de paso, — de perenne radiante lucidez en el cielo de nuestra Pedagogía. La institución de una verdadera *Universidad Nacional*, Poder Docente en el recto sentido de la expresión, y la reforma clásica de la enseñanza general, han sido siempre los principales anhelos de su larga y meritoria carrera.